

CAFÉ QUEMADO:

Era un viernes, salí del colegio muy emocionada, ya que ese día comía en casa de mi abuela, además eran albóndigas, mi comida favorita.

Cuando llegué al portal me encontré con Bianca, una vecina de mi abuela que es muy alegre y simpática.

Cuando iba subiendo las escaleras iba oliendo cada vez más a quemado, aunque no le di importancia.

Al abrir la puerta de casa de mi abuela me asusté, ya que mucho humo estaba saliendo de la cocina, deje la puerta de la entrada abierta y fui corriendo, cuando abrí la puerta, me di cuenta que estaba saliendo muchísimo humo de la cafetera, y en ese momento es cuando pensé que mi abuela se había dejado el café encendido y no lo había apagado. Tan pronto como pude, lo apagué y recogí con la fregona todo el café que estaba tirado en el suelo.

Llamé a mi abuela y me dijo que no se había acordado de que tenía el café puesto.

Al acabar de comer, mi madre me vino a buscar, y nada más llegué a mi casa, le pedí hablar a solas.

Cuando nos sentamos a hablar dos gotas salieron de mis ojos, le conté a mamá que hoy al entrar en casa de abuela me encontré con que mucho humo salía de la cocina, y era que se había dejado el café encendido, pero también le conté que eso no era por lo que me preocupé sino que fue porque el viernes pasado cuando fui a comer otra vez a su casa, se había dejado el grifo del baño abierto, y que el sábado anterior cuando fui a pasar con ella la tarde, ya no sabía cómo jugar al parchís.

Mi madre me miró, me abrazó y me dijo que si la abuela no se acordaba de tantas cosas era porque tenía un poquito de alzheimer, y que no me lo había dicho antes para no preocuparme, ya que sabía que yo quería mucho a abuela.

La miré desconsolada y me fui a mi cuarto rápidamente, cerré la puerta furiosa y me metí a mi cama, no quería que nadie supiese que me pasé toda la tarde llorando.

Cuando llegó la noche, me levanté de la cama, iba a ir a la cocina a cenar cuando vi el peluche de un búho, ese peluche era muy especial para mí, ya que me lo regaló mi abuela

el año pasado. Lo cogí de la estantería, lo miré y lo abracé muy fuerte. Me levanté con el peluche de la mano y me dirigí a la cocina, no me esperaba lo que mi madre me había preparado, al abrir la puerta vi mi cena y al lado una carta, lo llevé a mi habitación y empecé a leer la carta con mi peluche al lado, en la carta mi madre me explicó lo que le pasa a mi abuela más detalladamente, y que aunque no hubiera una cura, todo podía mejorar; lo que mi madre había hecho fue solicitar la plaza en una residencia en un pueblo cerca de donde vivíamos.

A la vez que iba leyendo la carta, iba soltando algunas lágrimas de mis ojos.

Al acabar de leer la carta, lo entendí todo, mi abuela tenía alzheimer, algo que le pasaba a mucha gente mayor, y que aunque esa enfermedad no tuviera cura, hay cosas que hacen que ese alzheimer se pase mejor y más rápido, cómo llevarlos a una residencia.

A partir de ese día, no cambió mucho mi vida, yo iba a comer a su casa todos los viernes, ayudándole con la casa, y todos los sábados iba a su casa a pasar la tarde con ella.

Dos semanas después, nos llegó una carta a casa, en la que ponía que ya había una plaza para mi abuela en la residencia, mi mamá se puso muy contenta, y yo también, ya que por fin iba a estar segura y cuidada.

El día antes de que mi abuela se fuera a la residencia, la fui a visitar.

Al llegar a su casa, me senté al lado suyo en el sofá, aunque creo que no se dió cuenta de que estaba. Estábamos viendo la tele, la miré, y me di cuenta que iba a ser el último día en el que iría a pasarlo con ella en su casa, me dio miedo y me agarré fuerte a su mano.

Al día siguiente la acompañamos a la residencia, las enfermeras eran muy majas, siempre se estaban preocupando de nosotros.

Cuando llegamos a su habitación, le colocamos todo.

Se notaba que mi abuela estaba tranquila en ese lugar, e incluso contenta.

Cuando nos fuimos, me despedí con un fuerte abrazo.

Y a partir de ese día mi abuela mejoró muchísimo, la íbamos a visitar cada domingo, hacía muchos dibujos, ejercicio y como además en la residencia había una cafetería, cada domingo que la vamos a visitar nos sentamos en la cafetería a tomar café.

Cada vez que la íbamos a visitar, se la notaba alegre, feliz y tranquila, además hizo muchas amigas con las que habla en la residencia.

Se nota que está mucho mejor que en casa, ya que ahí le dan todo hecho, además tienen un taller en el que hacen muchas manualidades.

